

Manuel Titos Martínez

Manuel Ferrer S.I. Iglesia, educación y montaña (1920-2009)

Comares, Granada, 2020, 180 págs.



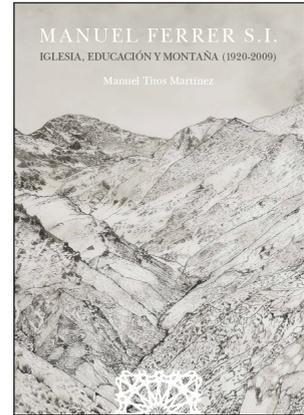
Pablo López Chaves

El 4 de diciembre de 2020 se cumplieron cien años del nacimiento en el pueblo granadino de Padul del jesuita Manuel Ferrer Muñoz, conocido generalmente como el padre Ferrer. En una edición conmemorativa de tal centenario, el catedrático ya jubilado de Historia Contemporánea Manuel Titos ha publicado una biografía suya en la editorial Comares, en cuyo subtítulo aparecen tres palabras que anticipan las claves de los diferentes aspectos en los que el autor ha centrado el contenido su trabajo: Iglesia, educación y montaña.

La aparición del trabajo firmado por el profesor Titos coincide con el duodécimo aniversario del fallecimiento del padre Ferrer en Málaga. El interés que el recuerdo de este personaje despierta ha quedado de manifiesto en el número de artículos y entrevistas que han ido apareciendo desde la publicación de dicho título en una gran variedad de medios de comunicación, incluyendo todos los periódicos de Granada y no pocas emisoras de radio. Pese a ello, conviene que quede reseñada también esta obra en una revista profesional, por la mayor perdurabilidad que éstas tienen y por el carácter de investigación histórica que reviste su trabajo.

La dedicación del autor al género biográfico no es nueva. Fue impulsor y director de una colección de biografías de personajes granadinos que Comares publicó entre 1999 y 2003 que, en sus cinco años de vigencia editorial, llegó a sacar veinticuatro libros. Él mismo ha elaborado una memorable biografía de casi 500 páginas sobre Manuel de Falla contemplado desde la óptica económica (2008) y es autor de trabajos biográficos sobre el Duque de San Pedro de Galatino (1999), el ingeniero Juan José Santa Cruz (1993 y 2018), el diputado granadino en las Cortes de Cádiz Domingo Dueñas y Castro (2010) o, en su conjunto, de la familia Rodríguez-Acosta (2004).

El género, por consiguiente, no le es ajeno, como tampoco lo son las dificultades documentales con las que ha tropezado, parecidas a las que contó con Galatino o con Santa Cruz. Nos consta que la escritura del libro, alumbrada durante el



primer confinamiento pandémico del año 2020, ha debido lidiar con unas circunstancias de excepcional dificultad desde el punto de vista del investigador. A las restricciones de movilidad se ha sumado el penoso hecho de no haber podido consultar el expediente personal del P. Ferrer dentro de la orden, ni siquiera para una finalidad que podría suponerse positiva hacia el personaje. En este sentido, la obra es en cierto modo hija del tiempo que nos toca vivir, pues el profesor Títo ha sabido sortear tales impedimentos echando mano de un buen número de herramientas informáticas de consulta y con el recurso, en este caso tan necesario como provechoso, de la entrevista personal, realizada por teléfono y correo electrónico.

Como director de una organización juvenil que canalizó la formación de los jóvenes granadinos durante toda la década de los años sesenta, fueron miles los que recibieron la influencia del jesuita Ferrer y bastantes los que se sienten herederos de su magisterio. Encontrarlos no ha sido una tarea complicada y hacerles hablar tampoco, de manera que sus recuerdos alimentan de un modo elocuente el ámbito puramente personal de la biografía. Muchos de ellos han tenido con posterioridad un relevante papel en el ámbito profesional o incluso político, así que es de valorar que el autor haya tenido el buen criterio de incorporar en la parte final del libro el testimonio de trece personas que lo conocieron, recibieron su influencia y del que se sienten discípulos. Éstos admiten sin ambages que la herencia del padre Ferrer ha sido un capital valioso que les ha servido de guía segura y criterio de valor para moverse en el proceloso mundo en el que se adentraron a partir de los años setenta. Como se menciona más abajo siempre con las reservas necesarias, tal influencia puede entenderse en un sentido que, más allá de lo puramente personal o anecdótico, pudo tener consecuencias en la forja de un determinado carácter en cierto modo independiente del tenor ideológico y político oficial, lo que abre una perspectiva interesante sobre la figura del sacerdote y la huella que éste pudo dejar en una generación clave de la historia granadina.

La primera parte del libro está dedicada a la propia formación del padre Ferrer, a partir de su ingreso en 1939 en la Compañía de Jesús. Fueron trece años de rodaje formativo por Cádiz, Málaga, Madrid, Granada y Salamanca, hasta que en 1953, tras haber sido ordenado presbítero el año anterior, se hizo cargo de las Congregaciones Marianas en Málaga, al año siguiente en Almería y a partir de 1957 en Granada, donde dirigió la Congregación de San Estanislao, la de los menores, hasta su desaparición a comienzos de los años setenta. Las Congregaciones Marianas eran el cauce preferente de apostolado de los jesuitas con la juventud, dentro de los propios colegios de la Compañía, donde los tenían (Málaga), o de manera «intercolegial» donde no los había (Granada). Y allí fue donde el padre Ferrer orquestó un sin fin de actividades que actuaron como un imán de gran fuerza sobre una juventud con tanta energía como escasa se encontraba de medios. Entre otros elementos, destacó principalmente su relación y amor por la montaña, que el propio Ferrer había heredado de un maestro de su pueblo, quien al modo de los miembros de la Institución Libre de Enseñanza hizo de la naturaleza una prolongación del aula.

Como señala el autor, en la Granada de los años cincuenta y sesenta las Congregaciones eran prácticamente la única alternativa existente a la Organización Juvenil Española, OJE, la rama juvenil de Falange, de la que el Padre Ferrer quiso y supo mantenerse a distancia, algo que se notó en la orientación social y política posterior de muchos de los que se formaron con él. Al cumplir los 16 o 17 años, los jóvenes pasaban de los Estanislao a los Luises y fue en el seno de este nivel más avanzado donde a partir de 1965 anidó la Federación Española de Comunidades Universitarias, FECUN, cuyos miembros comenzaron a identificarse cada vez más con el com-

promiso que para ellos requería la situación del país desde el punto de vista social y político. Para parte de ellos, tal periplo llevaría a la opción de participar de lleno en la lucha por la libertad y la igualdad en cualquier ámbito, pero particularmente, en la vida universitaria, en unos momentos en los que la Universidad se convirtió en uno de los focos más activos de la lucha contra el franquismo. Como ejemplo, varios de los marianistas figuran entre los fundadores del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Granada, SDEUG.

El libro, a través del género biográfico, ofrece una ventana interesante al surgimiento de otras oportunidades para el ocio juvenil ajenas al aparato del Régimen que acaban actuando como elemento desbordante del mismo. Finalmente, la propia orientación que adoptó la Compañía de Jesús a partir de la llegada del padre Arrupe al generalato de la misma en 1966, hizo que los jesuitas disolvieran las Congregaciones Marianas a comienzos de los años setenta, hecho en el que influyó igualmente el cambio de preferencias formativas de la juventud a la que iba destinada, como analiza el libro. Por su parte, el padre Ferrer, incapaz de permanecer inactivo en la residencia de la orden, pidió su incorporación a la vida parroquial, donde se empleó a fondo durante diez años en el barrio marginal de Piedras Redondas en Almería y durante otros veinte en diferentes parroquias del arzobispado de Granada, como responsable de las mismas y constructor de sus templos, o como ayudante de sus sacerdotes titulares.

El tercer aspecto al que el libro se refiere es aquel por el que el padre Ferrer es más conocido: su relación con Sierra Nevada. Le nació aquella afición en la escuela de su pueblo y la trasladó a muchos miles de jóvenes granadinos de los años cincuenta y sesenta, que durante toda su vida han disfrutado de la montaña o, impulsados por el propio Ferrer, comenzaron a investigar sobre ella. Él mismo dio a la luz en 1971 el libro más codiciado de la bibliografía nevadense, su *Sierra Nevada*, publicado por la editorial Anel, que ha llegado a alcanzar en el mercado de viejo una cotización inimaginable.

Desde mediados de los años ochenta, tras su «exilio» almeriense, trabajó intensamente en la divulgación de Sierra Nevada a través de libros señeros como los cuatro tomos de «Sierra Nevada y la Alpujarra» (1985), «Minerales de Granada. Sierra Nevada» (1991), «Aguas de Sierra Nevada» (1993) o «Sierra Nevada. Lo que nuestros ojos vieron» (2003), elaborados mano a mano con sus más directos colaboradores. En 1993 abrió otra línea de trabajo consistente en la transcripción y estudio de los «Libros de Apeo y Repartimiento de Suertes», de los que siete llegaron a ver la letra impresa, más otros trabajos dedicados a Lanjarón, a El Padul, a Güéjar Sierra y numerosas colaboraciones en libros colectivos y estudios preliminares que afianzaron su prestigio como montañero, escritor y divulgador.

Por último, el estudio del profesor Titos puntúa otra labor a la que el incansable sacerdote se dedicó a lo largo de su carrera y que es frecuentemente soslayada: la fotografía de montaña. Muy oportunamente el autor incorpora en el colofón una cita de San Juan Damasceno, defensor frente a los iconoclastas del valor de las imágenes para la formación religiosa: «Lo que es un libro para los que leen, es una imagen para los que no leen. Lo que se enseña con palabras al oído, lo enseña una imagen a los ojos», y ésa podría haber sido la máxima del padre Ferrer al asumir que hay que enseñar Sierra Nevada a quienes no la conocen o no pueden subir a ella y para ello la fotografía es una herramienta fundamental. Luego lo sería también el dibujo a plumilla de los paisajes nevadenses, a cuya elaboración dedicó muchos de los momentos finales de su vida.

Hombre de iglesia, montañero, formador, investigador, escritor, párroco, fotógrafo, dibujante... son multitud de facetas que van apareciendo de manera sucesiva o barajada en las páginas de esta biografía, bien escrita, razonablemente estructurada, magníficamente ilustrada y oportunamente traída hasta nuestros días, cuando se cumplen cien años del nacimiento de su protagonista y cuando el paso del tiempo comienza a sumir en el olvido a personajes que no lo merecen. En un artículo de prensa, el profesor Manuel Titos, quien por cierto no heredó la influencia juvenil del padre Ferrer pero sí disfrutó de su amistad durante los últimos veinte años de su vida, afirma haber escrito este libro para recordarlo con afecto y respeto y rendirle el tributo de admiración que se debe a esos hombres que, parafraseando a Bertolt Brecht, han luchado toda la vida y, por consiguiente, son los imprescindibles.

Creo que el objetivo está claramente cumplido y que, a través de la propia obra del padre Ferrer y del libro que le ha dedicado Manuel Titos, la figura de este señalado jesuita tiene asegurada su presencia en la memoria colectiva de varias generaciones más.

